V

La alcoba de mi hija era una vasta habitación, sencillamente amueblada.

Había en ella un gran lecho de columnas, frente a una chimenea de granito, cuya piedra desaparecía bajo un pabellón de tapicería.

El fuego no se apagaba allí más que en los tres o cuatro meses de verano.

En estos meses el sol le reemplazaba, penetrando por dos altas ventanas que daban al Mediodía y que caían sobre un inmenso huerto, cercado de tapias y surcado por un gran arroyo de agua corriente.

Algunos sillones y dos grandes armarios de encina, con un secreter muy antiguo y un reloj del Franco-Condado, completaban el mueblaje del cuarto.

La verdad es que nunca hay gran lujo en los interiores de nuestras casas de Morvan, pues en el país sólo tenemos gala en las caballerizas: caballos y tren de caza de los castellanos.

Esto era aquí lo que daba idea de la fortuna y del lujo de una casa.

Cuando me detuve a la cabecera del lecho de mi hija, retrocedí espantado. Tal fué mi dolorosa sorpresa.

Apenas pude reconocerla.

En algunas horas, la fiebre de que parecía presa la había cambiado por completo.

Sus facciones tumefactas, sus ojos rodeados de un círculo negro, sus labios marchitos y su tez cadavérica, me arrancaron un grito de horror.

La rodeé con mis brazos, y la oí sollozar sobre mi pecho durante un minuto.

—¿Qué tienes, hija mía?—le pregunté.

Levantó la cabeza y fijó en mí una mirada desgarradora, murmurando al mismo tiempo con voz apenas inteligible:

—Nada, padre mío... creo que no será nada.

—¿Sufres?

Con la cabeza me hizo una señal de asentimiento.

—¿Qué te duele?

La pobre niña señaló la cabeza y el corazón.

—Aquí—murmuró.

Yo tenía algunos conocimientos en medicina, porque en el campo, y más en un desierto como Brault, hay que saber algo de todo y estar en si-

tuación de poder prodigar algunos auxilios a los enfermos mientras llega o no llega el médico.

El pulso de María latía con extraordinaria violencia.

La pobre niña cerró los ojos y pareció quedar amodorrada, o lo fingió quizás, tratando así de evitar mis preguntas.

Entonces me dirigí a su doncella.

Esta me dijo que mi hija había vuelto a caballo a las tres de la tarde, subiendo en seguida a su cuarto precipitadamente.

Cuando la muchacha había ido luego a reunírsela, sus vestidos estaban arrojados por el suelo en desorden y ella estaba acostada y presa de una terrible convulsión nerviosa, que la hacía lanzar gritos que en vano trataba de sofocar con su pañuelo, que desgarraba entre los dientes.

Marcela no había podido obtener de ella más explicaciones, que había visto a la mujer de mi colono de Fontaines, la cual tenía una fiebre maligna, que mi hija creía poder curar.

Envié al momento un criado a caballo para que buscase inmediatamente en Chateau-Chinon al doctor Burel, padrino de María e íntimo amigo de la casa.

Mientras, quedé esperando con gran ansiedad.

Estaba yo en la alcoba de mi hija, estudiando con verdadera consternación aquel repentino mal,

cuyas causas me eran desconocidas, pero que me inspiraba, sin saber por qué, siniestros pensamientos, cuando el ruido del galope de dos caballos se dejó oír a la puerta de esta casa.

Respiré.

Los médicos curan pocas veces y no consuelan siempre, pero su presencia es siempre deseada por los enfermos y sobre todo por las familias de éstos.

El doctor Burel era un hombre de sesenta años, admirablemente conservado y ágil como si hubiera tenido treinta.

Daba gusto ver su rosada faz, siempre cuidadosamente afeitada.

Una expresión de suma bondad se reflejaba en todas sus facciones.

Rico e independiente, se había quedado viudo sin que su mujer le dejase ningún hijo, y se había dedicado a curar a los pobres del país, que le adoraban como a un ídolo.

Solo ejercía la medicina gratis para los pobres, o bien en provecho de algunos amigos como nosotros.

Iba vestido como los *increíbles*, con su pantalón ceñido y sus botas de montar a caballo, su levita azul con botones dorados y esclavina, su chaleco claro y sus gruesos dijes de oro asomando bajo el mismo por ambos lados.

Conocía el doctor a María desde que había nacido, y la amaba como si hubiera sido su hija.

—¿Qué pasa?...—dijo al entrar—¿qué le ha sucedido a esa niña? ¿Cómo está en este momento?

—¡Chist!—contesté estrechando las dos manos del doctor—. Está dormida en este instante y no quisiera despertarla.

El doctor Burel posó suavemente su mano en la frente de María.

—Su frente quema—dijo.

Después la tomó el pulso, que, según indicó, acusaba también una fiebre muy alta.

Frunció las cejas, y volviéndose hacia mí, me dijo:

—¿Se ha puesto enferma de repente?

—Sí. Esta mañana estaba completamente buena.

El doctor reflexionó un instante, y aproximándose después al lecho de su ahijada, la dijo, en voz muy baja, con los labios cerca de su oído:

—María... no te asustes, soy yo.

La niña abrió los ojos.

—Tú debes haber experimentado una emoción muy grande—la dijo el doctor Burel.

—Es verdad.

—Una emoción que te ha impresionado muchísimo...

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Sí.

—¿Y cuál ha sido?

María levantó los ojos hacia mí y vió mi ansiosa mirada fija en su pálido y marchito semblante.

Entonces murmuró algunas palabras confusas.

—Venía de Fontaine, y en el bosque mi caballo se desbocó.

—¡*Rechoncho*, desbocado!... El, tan sumiso, tan tranquilo!... Era increíble, inverosímil por completo.

María debió adivinar mi pensamiento en la expresión de mi rostro, porque añadió:

—Se ha espantado... y me ha dejado caer.

—¿Ibas sola?

—Sí... sola.

—¿Te has herido?

—No sé... Tal vez... Me he levantado como he podido y he vuelto a montar a caballo medio atontada para volver a Brault... Creo que no será nada...

No sé por qué comprendí que mi hija no decía la verdad, por lo menos la verdad entera; estaba seguro de ello.

Y, sin embargo, María no había mentido nunca.

¿Y para qué había de mentir? ¿Qué tenía ella que ocultar en su vida, tan pura y dedicada únicamente a hacer bien?

Pero no había duda, en sus explicaciones había cierto embarazo inexplicable.

Dí parte de mis inquietudes al doctor, y me contestó tan sólo estas palabras:

—La fiebre.

En aquel momento María me hizo señas para que me aproximase, y atrayéndome hacia su rostro con infinita dulzura, me dió un beso, y me dijo:

—No estés inquieto, padre mío, y acuérdate de que tienes invitados... Anda, ve a comer.

Y tratando de fingir una sonrisa, que abortó en su pálido rostro, añadió:

—¿Ha sido buena la caza?

—Sí.

—Pues ya me la contarás mañana... Mañana estaré mejor.

Rocé su frente con mis labios y me separé de ella más tranquilo.

El doctor Burel debía pasar la noche en Brault. Esto sucedía con frecuencia, aun cuando en casa no hubiese ningún enfermo, pues, como ya os he dicho, era íntimo amigo nuestro.

Cuando yo salí de la alcoba de María, se quedó a solas con ella durante un instante, y cuando bajó al comedor poco después, para reunirse a comer con nosotros, parecía muy satisfecho del esta de su ahijada.

Le pregunté si le había dado alguna otra explicación, y me contestó que, a instancias suyas, María había vuelto a repetirle lo mismo que me había dicho antes a mí.

La comida fué triste, como podéis figuraros.

Todos estábamos mudos y preocupados. Más preocupados en realidad de lo que debíamos, puesto que el doctor aseguraba que María no presentaba ningún síntoma de gravedad.

Y es que una catástrofe flotaba sobre nuestra cabeza, y nosotros la presentíamos.

Particularmente Bernardo de Montjeu estaba taciturno y triste.

Era Bernardo un muchacho de noble corazón, franco, leal y honrado.

Bien se podía apreciar por su actitud que amaba más a María de lo que dejaba comprender.

Los de Morvan somos poco expresivos y no nos gusta decir con palabras nuestros sentimientos más vivos y profundos.

Bernardo, hasta entonces, sólo había tratado a mi hija como a una hermana.

La llevaba ocho o nueve años de edad, y era tan vigoroso como ella débil, y tan moreno como ella rubia.

María había encontrado siempre en él un cariñoso protector, pero no creo que aún se hubiesen cambiado entre los dos frases amorosas.

Habíamos convenido que se casarían, y esta unión era el objeto de nuestros comunes deseos, sin que a ninguno de nosotros se nos pasase siquiera por la imaginación que pudiera dejar de verificarse.

La fecha del matrimonio no se había fijado, como ya he dicho.

Cuando nos levantamos de la mesa, los vecinos que nos habían acompañado a la cacería y que se habían quedado a comer, se despidieron, y a pesar de nuestra insistencia para detenerlos, se empeñaron en emprender el camino de sus casas.

Quedamos, pues, solos en el castillo los Montjeu, padre e hijo, el doctor Burel y yo.

Bernardo se acercó al médico y le preguntó con un acento que se esforzaba en hacer aparecer tranquilo:

—¿Qué pensáis de María, doctor?

Este hizo un gesto de incertidumbre, y contestó:

—Es necesario esperar para decir algo, pues aún no se ha declarado del todo su enfermedad.

—Pero antes habéis dicho que creíais que no había peligro.

—Hasta ahora, no.

—¿Cuándo podréis decirme cosa fija?

—Mañana, tal vez.

—¿Y a qué atribuís esa... enfermedad?

—No puedo decirlo... una emoción quizá... un susto... una fiebre contagiosa... en fin, ya veremos. Mañana mismo pienso ir a Fontaines, en cuanto amanezca, para poder juzgar mejor de si María se habrá contagiado allí, al asistir a la mujer del colono.

El conde de Montjeu no decía nada; pero sus facciones, como las mías y como las de su hijo, expresaban una profunda ansiedad.

¡Buenos y queridos amigos!... para ellos, mi familia era la suya, y la verdad es que yo los quería más que a mis parientes.

Cuando se retiraron a sus habitaciones, después de haberme estrechado la mano en silencio, oí cómo subían las escaleras y cerraban después las puertas de sus respectivos cuartos.

—Yo no hubiera podido dormir, y salí al patio a respirar el aire, en compañía del doctor Burel...

El cura de Brault se interrumpió un instante, y añadió, dirigiéndose a mí:

—No habréis podido examinar cómo está edificado el castillo, porque cuando habéis venido era completamente de noche, y lo siento, porque es necesario darse cuenta de su situación para comprender lo que voy a decir.

Los nuevos propietarios de este edificio no han

cambiado nada en él, y sigue hoy tal y conforme estaba en la época a que me refiero.

A los dos lados del patio de entrada se encuentran las dos alas que le flanquean, en cuyos dos cuerpos de edificio están situadas las dependencias.

Son éstas las caballerizas, graneros, habitaciones de los criados, las de utensilios, los establos y las despensas.

Así es que se podía dar vuelta alrededor de los fosos y de las tapias del huerto, que estaba situado detrás del castillo, sin encontrar ningún obstáculo, y a ciertas horas ni un ser viviente.

Ya he dicho que las ventanas del cuarto de la enferma daban a aquel huerto.

Después de algunos instantes de paseo, durante los cuales el marqués de Brault no se atrevió a interrogar al viejo médico, los dos hombres habían llegado al límite de las tapias del cercado, y allí se detuvieron, fijando sus ojos en las ventanas de la alcoba de María, débilmente iluminadas por dos velas que ardían colocadas encima de la chimenea.

La noche estaba fría y serena.

No se sentía el más leve soplo de aire, y la inmensa cúpula del cielo estaba sembrada de brillantes estrellas.

Las ventanas, con sus vidrieras de menudos y

verdosos cristales, como las de las construcciones del tiempo de Luis XIII, no tenían cortinillas, pues los habitantes de Brault no habían de temer las indiscreciones de la vecindad, estando el castillo como estaba aislado.

Además, si hubieran tenido alguna mirada curiosa, la hubieran podido evitar fácilmente, dejando caer, ante los ojos importunos, las pesadas cortinas de tapicería que guarnecían todos los huecos.

De repente, delante de una de las dos ventanas de la alcoba de la señorita de Brault, se dibujó una silueta.